

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

**DE LA AMÉRICA PROFUNDA A LA
NUEVA HISTORIA DE LOS ORÍGENES**

“El pensar en América”



DE LA AMÉRICA PROFUNDA A LA NUEVA HISTORIA DE LOS ORÍGENES

Continuidad/discontinuidad de la historia

Si para una filosofía de la historia enraizada en el pensamiento de Rodolfo Kusch partimos de la base de una “continuidad del pasado americano en el presente”, no es menos cierto que para un “pensar en América” que pueda interpretar el mensaje que viene del futuro sea necesario un giro epistemológico que nos permita acceder a una “nueva historia de los orígenes”. Esta trans-posición de la flecha del tiempo, que nos lleva del mundo de las ideas al espacio donde se “revelan” las ideas, es la nota clave que hace audible la Voz profética que anuncia el nacimiento de un nuevo Sol.

Si **antes** de pensar en América nos colocamos en la actitud de escuchar el susurro que con-mueve el alma de América, ya no podemos hablar de los “orígenes” en términos de la historia que conocimos hasta ayer, ya sea la historia del descubrimiento, la historia del mestizaje o la historia de la colonización, ni siquiera podemos hablar de los “orígenes” en términos geotectónicos, cosmogónicos o míticos, sino que tenemos que aventurarnos a des-velar el “nuevo origen” de la historia. En otras palabras, para descifrar el código secreto del nuevo continente americano (su código de origen) ya no es suficiente pensar en América dentro del marco de la continuidad histórica, sino que se hace necesario entrar en resonancia con el “acontecimiento inicial” que quiebra la simetría del tiempo histórico y marca el “origen” de un tiempo diferente.

Dos fechas fundacionales:

12 de octubre de 1492, bautismo de agua. Fueron los hombres blancos que vinieron del mar, nueva geometría de la tierra, nuevo código genético.

16 de julio de 1945, bautismo de fuego. Hierofantes de la nueva era abrieron

un recinto sellado, el equilibrio cósmico había cambiado, entraba en juego una nueva ley.

Ceremonial de fuego en tierra de América

Teilhard de Chardin captó de inmediato el efecto espiritual del acontecimiento: “Por primera vez había ardido sobre la tierra un fuego atómico...”.

“Más brillante que mil soles”, exclamaba alguien: ¿qué había ocurrido? ¿Sólo un experimento teórico? Algo más, ¡una ceremonia de iniciación!, la iniciación cósmica de la humanidad. Nuevamente, como en la psicología del indio Pachacuti que describe Rodolfo Kusch, el hombre se encontraba en un “ambiente terrorífico y tremendo”: por un lado, el poder de la ciencia y la técnica, por el otro “la ira de dios”. Nueva alianza entre el Cielo y la Tierra. La conciencia humana ya no era la misma.

Dimensión energética del mensaje del nuevo signo del tiempo.

Para “pensar en América” en el contexto del nuevo signo del tiempo ya no es suficiente una filosofía de las ideas sino que se requiere el conocimiento de una “energética de los valores”. El mensaje emergente que funda la nueva historia (“Ursprung” en términos de Jean Gebser) no es ideológico sino “vibratorio”. El “acontecimiento inicial” quiebra la materia del mundo y deja su huella invisible en el alma del hombre. ¿Una nueva “marcha de dios sobre el mundo”, como diría Rodolfo Kusch? La luz del nuevo mensaje pone al descubierto la sabiduría de la América Profunda, pero no sólo como mito o como leyenda, sino como palabra viviente que pronuncia de nuevo el mundo.

Los nuevos mensajeros de los dioses, o de los Prot-agonistas de la nueva historia

Las distintas expresiones que hemos utilizado hasta ahora para caracterizar el

proceso histórico- cultural de América se muestran equívocas y encubridoras, y no son suficientes para un “pensar en América” como modo simple de aprehender los valores fundantes de la nueva historia de los orígenes. América del Norte o América del Sur, Hispanoamérica o América anglosajona, América blanca o América parda, América católica o América protestante, son todos términos que reflejan una antigua historia, pero ninguno de ellos es palabra adecuada para expresar la “unidad de sentido” del mensaje de América.

¿Y quién nombra a la América naciente?

Ya no son los “padres fundadores”, sino los “hijos sin padres” (Margaret Mead, la distinguida antropóloga americana, fue la primera que se dio cuenta de que venía una nueva generación de hijos sin padres).

¡Ellos son los Prot-agonistas de la nueva historia! ¡Son aquellos que se adelantan al tiempo y son víctimas del tiempo! Conforman la vanguardia de la civilización que viene.

Cuando la “ira de dios” es reemplazada por la “ira del hombre”

Marquemos una nueva fecha en la “marcha del dios en el mundo”: 1968. Conmoción estudiantil de la década del 60. De los campus de Berkeley al Mayo francés y a la Revolución Cultural China. Onda expansiva de un nuevo fenómeno humano que había sido proféticamente anunciado por un Teilhard de Chardin y un Jean Gebser. La explosión de esta nueva conciencia fue tan inesperada y se difundió con tanta rapidez que, como dice Charles Reich en su libro “The Greening of America” (El Reverdecimiento de América) -best seller del año 70 en los Estados Unidos-, muchos lo vieron como una “conspiración”. Y así fue tratada. Se vio claramente la cresta de una ola de violencia, pero no se percibió la raíz del mensaje que fluía de la vida profunda de la juventud. El poder político no supo advertir los nuevos signos del tiempo: una poderosa energía humana se había liberado súbitamente en el planeta. Se apaciguaron los claustros, pero la violencia estalló en otra parte y en otra forma.

¿Y ahora qué?

Ahora nos encontramos nuevamente ante la “ira de dios”, pero con una diferencia. Ya no es el miedo ante las fuerzas de una naturaleza virginal (el trueno, el rayo, el relámpago) sino el espanto ante la ira de una naturaleza profanada. Los “personajes que encarnan el aspecto negativo del universo” (en palabras de Rodolfo Kusch) ya no se llaman Carhuincho, Makuri o los señores de Xibalbá, sino “poder atómico”, “droga”, “SIDA”, “desequilibrio ecológico”, “poder económico-financiero”. ¡Son los mismos señores de la sombra, con otras máscaras, pero con el mismo poder!

Ante un nuevo desafío

La rebelión de la juventud fue aplastada, el precio de la sangre y desaparecidos fue muy alto; ayer fue “La noche de los lápices”, hoy la masacre de la Plaza Tiananmen. Algunos jóvenes intentaron la revolución pacífica y se reunieron en comunidades (más de 2000 en USA en la década del 60), pero la mayoría de ellas no pudieron resistir la presión del ‘sistema’. ¿Y la revolución social? -La lucha revolucionaria por la soberanía política, la independencia económica y la justicia social tuvo expresiones muy nobles en distintos pueblos de América, pero la “contrarrevolución”, ya prevención del poder opresor o del propio movimiento revolucionario que incorpora al opresor, traiciona muchas veces las causas más nobles, y la conciencia social lograda no alcanza para “equilibrar a los opuestos que dividen al mundo” (que en palabras de Rodolfo Kusch es la tarea que nos espera). El Che Guevara se da cuenta de que la acción revolucionaria para el desarrollo de la conciencia social tiene sus límites. En una carta dirigida al Director del Semanario “Marcha”, de Montevideo (1965), el Che, refiriéndose al “trabajo voluntario”, una de las claves para la integración de valores en la nueva sociedad cubana, dice lo siguiente: “Todavía hay en el hombre aspectos coactivos en el trabajo, aunque sea voluntario. Todavía le falta lograr la completa recreación espiritual ante su propia

obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por nuevos hábitos”. Cuando el Che comprende que es necesario transitar de la conciencia social a la conciencia espiritual; mejor dicho, cuando se da cuenta de que para alcanzar la plenitud de la conciencia social es necesario dar un salto a la conciencia espiritual, considera terminada su misión como ministro de industrias en Cuba y elige otro camino: era el camino del “sacrificio”.

El sacrificio cotidiano de los inocentes

La dialéctica marxista-leninista había llegado a su fin. Para el “nuevo mundo amenazante de la ira de dios”, simbolizado en los poderes de la “droga”, “SIDA”, “efecto invernadero”, “poder atómico”, “corrupción económico-financiera”, ya no era suficiente el “ayuno”, ni las “ciudades amuralladas”, ni la filosofía política ni la tecnología de punta. Ahora nos encontramos de nuevo a la intemperie, de nuevo ante “la ira de dios” (para utilizar la feliz expresión simbólica de Rodolfo Kusch). Algunos, sin embargo, piensan que todavía estamos a tiempo; que si no nos salva el ayuno, el psicoanálisis, el marxismo o la revolución social, todavía nos pueden salvar las “tecnologías trascendentes” (como las llama el filósofo americano Thomas Berry), las cuales, en cuanto “mensaje de salvación”, vendrían a sustituir al dios trascendente expulsado del panteón por el pensamiento técnico. Pero esto es otra ilusión, quizás la última, porque el desequilibrio planetario que hoy sufrimos nos muestra a las claras que la ciencia moderna no puede controlar sus propios resultados.

El “pensar en América” ya no pasa por la filosofía, la política o la técnica sino por el “sacrificio” (descenso “ad inferus” para conectar los arquetipos celestes con la savia de la tierra). Como dice Rodolfo Kusch, “pensar en América”, es realizar por dentro al “hombre total”, la síntesis de valores materiales y espirituales, el “germen” que se anida en la matriz de la América Profunda. Este es el mensaje viviente de América para el mundo.

El sacrificio es el fracaso de las formas, el fracaso de los conductores, el fracaso del fruto que se convierte en semilla. Los movimientos estudiantiles debían fracasar, y debían fracasar las comunidades “hippies”, y debían fracasar las revoluciones políticas..., porque la hora cósmica era diferente. Ya no era suficiente el ideal para sostener la vida; ahora se hacía necesaria la vida para sostener el ideal.

Ante el fracaso de la derecha, de la izquierda y del centro (como puntualiza Rodolfo Kusch en su libro “La negación en el pensamiento popular”), es decir, ante el fracaso de las formas defensivas impuestas por una cultura inauténtica, aparece el “esquema del sacrificio como única forma de autenticidad” (son palabras del propio Kusch). Y este “sacrificio” es la experiencia profunda que estamos viviendo hoy, ya no como sacrificio del héroe mítico sino como padecer concreto del pueblo ritualizado en el sacrificio cotidiano de los inocentes. Es la “corruptio” de la materia humana llevada hasta sus últimas consecuencias (la “implosión de masa” de que habla el sociólogo francés Jean Baudrillard), un paso necesario en el ritual de iniciación cósmica de la humanidad.

La guerra arquetípica del nuevo signo del tiempo, o del mensaje de América para el mundo

Se ha desencadenado en el planeta una extraña forma de guerra, ya no luchan sólo los hombres sino los dioses y los demonios; lucha arquetípica, más parecida a la guerra de Mahabharata que a las revoluciones sociales y políticas que hemos conocido hasta ahora. El nuevo mensaje es una “luz invisible”; se revela por dentro como impresiones primordiales “que no tienen registro en la memoria colectiva” y se manifiesta por fuera como “poder de la sombra”. La luz que alumbra la conciencia en las altas cumbres de la mística y la ciencia desciende hasta el “mûlâdhâra de la antigua fe” (como diría Rodolfo Kusch), circulando por los “chakras” del planeta como energía cósmica humanizada. El mensaje ya no viene de afuera sino de adentro, y América lo sabe, con una sabiduría que viene de siglos: “Ukhu

Ukhamantapacha América”. Y lo sabe la nueva generación de almas libres que se retira a la morada secreta del corazón; migración silenciosa hacia adentro, hacia las comunidades místicas preservadas en los montes, los valles y las selvas de la América Profunda (“no había sitio para ellos en la posada”, como dice el Evangelio). ¡Una larga marcha hacia adentro, la nueva “gesta” de la civilización que viene! La misión de América, su mensaje para el mundo, es crear un “polo de interioridad/expansiva” que “equilibre -desde adentro- los opuestos que dividen al mundo”. Es el mensaje de Rodolfo Kusch, nuestro compromiso con los hombres y las mujeres que vienen